

La venida del Señor

Introducción

Hoy más que nunca el Señor Jesucristo está a punto de volver, su regreso es inminente. Muchas personas están preocupadas, persuadidas de que algo grave debe acontecer pronto. Pero los burladores y escarnecedores de los últimos tiempos repiten: “¿Dónde está la promesa de su advenimiento (venida)? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación” (2 Pedro 3:4). Y el siervo malo dice: “Mi Señor tarda en venir” (Mateo 24:48); sin embargo, cierto es que “el que ha de venir vendrá, y no tardará” (Hebreos 10:37). “Por tanto... vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis” (Mateo 24:44).

Estamos seguros de que existe, entre los que son del Señor, una creciente convicción –basada en la Palabra de Dios– de que Cristo volverá

pronto para arrebatarse a su querida Esposa, es decir, para llevarse a todas las personas redimidas por su preciosa sangre e introducirlas en la “casa del Padre”, donde hay muchas moradas.

CAPÍTULO 1

Cristo volverá – y ¿por qué?

Tiempo hubo en que la venida del Mesías como “Varón de dolores” era todavía una profecía sin cumplir. Tras aquella predicción, las generaciones se sucedieron unas a otras; se levantaron imperios y fueron derribados; el reino de Israel (las diez tribus) y más tarde el de Judá fueron destruidos mientras sus habitantes eran dispersados o llevados en cautiverio. Solo un residuo –unos pocos miembros de la tribu de Judá– volvió de Babilonia; pero el Mesías prometido no había aparecido aún.

Cuatro siglos después, vemos que la gran mayoría de los que regresaron de Babilonia se había establecido confortablemente en Jerusalén, olvidándose por completo de Aquel que había de venir. De repente hubo una creciente agitación en la ciudad: unos extranjeros recién llegados divulgaban la noticia de que el Rey de los judíos –prometido hacía mucho tiempo– por fin había nacido. Desde el palacio de Herodes,

pasando por los sacerdotes del templo, la noticia se propagó con rapidez por todo el pueblo.

Cristo estuvo aquí una vez

¿Cuál fue el resultado producido por semejante revelación? ¿Un cántico o la unánime elevación de alabanzas a Dios por cumplir finalmente su palabra, enviando al Mesías tanto tiempo esperado? ¿Irradiaba de gozo cada rostro? ¿Se estremecía de alegría cada corazón? ¡Al contrario! el cuadro que se nos presenta es muy distinto: “El rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él” (Mateo 2:3). ¿Por qué? Si hubieran conocido algo de las Escrituras respecto a la venida del Mesías, habrían entendido la predicción de Isaías: “He aquí que para justicia reinará un rey, y príncipes presidirán en juicio. Y será aquel varón como escondedero contra el viento, y como refugio contra el turbión; como arroyos de aguas en tierra de sequedad, como sombra de gran peñasco en tierra calurosa” (Isaías 32:1-2).

Ahora bien, aunque había en la ciudad una multitud de personas que se consideraban justas ante Dios, muchas otras estaban convencidas de no hallarse listas para presentarse ante el Mesías, el Justo por excelencia; por consiguiente, lo que habría tenido que llenar el corazón de agradecimiento y de gozo, solo era motivo de espanto y turbación.

Sin embargo, preparados o no, Cristo había venido: había aparecido, no solo como el Mesías de Israel, sino como el “Salvador del mundo”, para revelar al Padre. Lo que aconteció después de este episodio es conocido: siendo odiado y despreciado por aquellos a quienes había venido a salvar, el Hijo de Dios se encaminó al Calvario, donde, clavado en el vil madero, murió a manos de injustos, pero al tercer día resucitó.

Cristo vino para cumplir las promesas de Dios

Cuando Dios envió a su Hijo a este mundo cumplió las promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob. Los judíos, por su parte, al condenar a Jesús cumplieron las palabras de los profetas acerca de los sufrimientos del Salvador: “Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, no conociendo a Jesús, ni las palabras de los profetas que se leen todos los días de reposo (sábados), las cumplieron al condenarle... Y nosotros” —prosigue el apóstol Pablo dirigiéndose a los judíos— “también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús...” (Hechos 13:27, 32-34).

Poco antes de su muerte, el Señor —objeto de las promesas— dejó también una promesa. Después que el traidor salió del aposento alto, el Señor, rodeado de sus discípulos, les mostró la

terrible sombra de la cruz que iba cayendo sobre ellos. ¡Qué momento más solemne! Imaginemos el dolor reflejado en el rostro de los discípulos al inclinarse hacia el Maestro amado para escuchar sus palabras de despedida: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí” (Juan 14:1).

Es como si hubiera dicho: «Habéis creído en Dios sin haberle visto; ahora, cuando ya no me veáis, seguid teniendo igual confianza en mí. Dios os hizo una promesa, la anunció por boca de los profetas y la cumplió fielmente al enviarme. Yo asimismo os hago una promesa; confiad en que también la cumpliré».

Cristo prometió volver otra vez

¿Cuál es, entonces, esta nueva promesa? Si leemos atentamente el evangelio según Juan, capítulo 14, la hallaremos entre los primeros versículos: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. No hay el menor motivo para suponer que la venida mencionada por el Señor en estos versículos alude a la “muerte”; creerlo sería cometer la peor de las equivocaciones.

Hay esperanza eterna para todos los que creen en Cristo

Tomemos un ejemplo para ilustrar la diferencia que media entre estos dos hechos. Un joven muy enamorado de su esposa se ve en la penosa situación de dejarla. Él tiene que viajar a un país extranjero y conseguir el dinero suficiente para luego volver a buscarla y llevarla consigo. Al separarse de ella, mientras ambos luchan para reprimir sus lágrimas, el marido la consuela diciéndole: «Ten confianza, querida, ahora tengo que dejarte, pero cuando haya conseguido el dinero para tu viaje, vendré por ti para llevarte conmigo a la casa que te voy a preparar... Será muy linda, ya lo verás».

¿Acaso la joven mujer va a poner en dudas la promesa de su esposo? Por cierto que no. Pues bien, del mismo modo, las palabras que el Señor dirigió a sus desconsolados discípulos no dan lugar a dudas. No dijo: «Ahora voy al cielo, vosotros moriréis, y después de esto os reuniréis conmigo». En cambio dijo: “Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo” (Juan 14:3).

En cuanto a los creyentes que duermen en Cristo, la Escritura dice que se han ausentado del cuerpo para “estar... presentes al Señor” (2 Corintios 5:8). Pero cuando se trata del regreso del Señor, en vez de “estar ausentes del

cuerpo”, o de “ser desnudados” de nuestra casa terrenal (el cuerpo físico), leemos que seremos “transformados”; y, en Filipenses 3:21, que el Señor Jesucristo “transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya”. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, al sonar la última trompeta, los muertos en Cristo resucitarán primero, y los que vivimos seremos transformados (1 Corintios 15:52).

Por lo tanto, vemos que la venida o el regreso del Señor no debe confundirse con la muerte: es exactamente lo contrario de esta. Es la aniquilación o abolición de todo cuanto la muerte ha hecho –desde que entró en este mundo– en los cuerpos de los que son hijos de Dios. Será el triunfo definitivo de Cristo sobre la muerte, victoria que compartiremos todos los que somos suyos.

CAPÍTULO 2

Cristo volverá – y es el único que puede hacerlo

Muchos de los que saben algo acerca de la «doctrina» de la segunda venida de Cristo parecen tener la mente llena de **señales** y **acontecimientos** que creen ya cumplidos, que están verificándose o que se realizarán pronto. Es porque dichas personas se interesan por los «sucesos» en vez de hacerlo por la Persona misma que está viniendo.

Una madre viuda está en la terminal de buses con la mirada clavada en el horizonte. Ha oído decir que tres camiones regresarán con tropas, tras una victoriosa campaña militar. Entre los soldados está su hijo, a quien espera ansiosamente. Se hacen muchos preparativos para la gran revista que se verificará en cuanto los héroes bajen a tierra. Pero estas cosas no tienen gran atractivo para ella. Las bandas militares, las banderas que ondean, los arcos de triunfo y

los brillantes uniformes de gala podrán satisfacer la curiosidad de un simple espectador; pero ella espera a su propio hijo.

Cristo volverá como la estrella de la mañana – ¿por qué?

Puede ser que hoy sucedan cosas que nos indiquen que, según las palabras del profeta Malaquías, no está lejano el día en que “nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación” para los hijos de Israel que temen a Jehová; mientras que, para los impíos, será “el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Malaquías 4:1-2).

Pero la esperanza inmediata del creyente no es ese “día grande de Jehová, cercano y muy presuroso...”, ni tampoco “el Sol de Justicia” sino –según las propias palabras de Jesús– “la estrella resplandeciente de la mañana” (Apocalipsis 22:16), Ahora bien, la estrella de la mañana despunta en el horizonte antes de la salida del sol y, algunas veces, un tiempo considerable los separa.

Precisamente entre la venida del Señor cual “estrella de la mañana” y el momento en que aparecerá como “Sol de justicia” caerán sobre la tierra los juicios descritos en el Apocalipsis.

Entonces surgirá aquella terrible personificación de suprema maldad y anarquía, el “hombre de pecado”, el “hijo de perdición”, “aquel inicuo: el Anticristo” (2 Tesalonicenses 2). Será el “tiempo de angustia para Jacob” (Jeremías 30:7) y el de la “gran tribulación” (Mateo 24:21-22); pero un residuo será preservado en medio de todo eso, del mismo modo que lo fueron los tres jóvenes hebreos echados en el horno por orden de Nabucodonosor (Daniel 3).

Entonces, los que falsamente aparentan ser cristianos, los que ahora no reciben “el amor de la verdad para ser salvos”, se verán abandonados por Dios, entregados a “un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:10-12).

Se harán milagros e innumerables señales del carácter más espantoso, habrá abundancia de dolores, y lo que verán y oirán aterrorizará a los más valientes: “Y en aquellos días los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos” (Apocalipsis 9:6).

Cristo podría venir hoy

Pero es necesario recordar que lo anunciado sucederá después y no antes del arrebatamiento

de la Iglesia, la Esposa celestial de Jesús. ¡Cuán a menudo olvidamos que él mismo viene pronto para reunir a su alrededor a aquellos a quienes rescató! Mirar los acontecimientos en vez de mirar a Jesús priva al corazón de esa dicha y de esa lozanía que es la verdadera porción de nuestra esperanza celestial.

Demasiado ha logrado Satanás al presentarnos la segunda venida del Señor como una amenaza terrible y justiciera, mientras que fue la consolación más eficaz para los discípulos abatidos, según vimos en Juan 14. Y cuando, años más tarde, el apóstol Pablo escribió su primera carta a los recién convertidos en Tesalónica – que enfrentaban pruebas y persecuciones– a lo que dijo acerca del retorno de Cristo añadió esta frase, corta pero significativa: “Consolaos los unos a los otros con estas palabras”.

Examinemos, pues, estas frases de aliento que, bajo la inspiración divina, él les dirigió: “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tesalonicenses 4:16-17).

Notemos que es el Señor mismo en su perfecta humanidad, como Hombre viviente, quien descenderá del cielo y al que debemos encontrar en las nubes. Al convertirse, los tesalonicenses supieron que “ese mismo Jesús”, quien los había salvado y librado de la ira venidera por su muerte y resurrección, iba a volver. La epístola nos dice que se habían convertido (esto es, se habían vuelto definitivamente) “de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo” (1 Tesalonicenses 1:9-10). Su esperanza no estaba basada en algún acontecimiento profético, sino en la misma Persona del Hijo de Dios.

Hace algunos años encontré en una ciudad a un pequeñuelo de unos seis años que iba repitiendo una cancioncita, al parecer de su propia composición. Era breve, compuesta tan solo por tres palabras: «¡A las diez, a las diez, a las diez!...». Tantas veces la repetía, tan absorto parecía, que le pregunté qué significaba su estribillo. Después de unas cariñosas palabras, me abrió su corazoncito y me explicó que su madre se había ausentado de la casa hacía algún tiempo, pero que su padre había recibido una carta anunciando que ella volvería ese mismo día «a las diez».

Sobra decir que la pequeña copla no precisaba mayor explicación. La llegada de su madre

llenaba el corazón del pequeño hasta hacerlo rebosar. Por cierto, había extrañado y lamentado mucho su ausencia, pero ahora estaba por volver, y esta noticia le colmaba de tanto gozo que repetía sin cesar: «A las diez, a las diez, a las diez».

Los creyentes esperan el retorno de Cristo – ¿por qué?

Ahora bien, ¿por qué habría de ser distinto para ti y para mí cuando oímos hablar del regreso del Señor? ¿Acaso no experimentamos la dulzura de su amor? ¿No fue él quien sufrió y murió por nosotros? ¿No nos ha guardado a lo largo del camino, desde el día que le conocimos, llevando nuestros dolores y restaurándonos después de muchas caídas? Difícilmente podríamos expresar la intensidad de su amor hacia nosotros. Amados hermanos, cuando pensamos en él, ¿no arden nuestros corazones con el deseo de verle?

*Quando pienso en ti, oh Señor,
en tu gracia y en tu amor,
mi corazón arde dentro de mí
ansiendo ver tu faz, contemplarte a ti.*

Hace poco una hermana en Cristo me decía: «Cuando pienso en la venida del Señor, mi corazón arde de alegría». Así tendría que ser para

todos nosotros. Una niña de once años decía al volver de hacer un mandado: «Mamá, al cruzar la calle, veía las nubes correr tan de prisa que me paré para mirarlas, pensando que si el Señor volviera ahora mismo, querría ser yo la primera en verle». ¿Cuál era el secreto de la paz y felicidad de esta niña cuando sola, al anochecer, meditaba en el regreso de Cristo? Sencillamente este: conocía a la Persona esperada y confiaba en ella; la amaba aunque no la había visto; sabía que por la muerte expiatoria todos sus pecados habían sido, no solo perdonados, sino también olvidados por toda la eternidad.

Quizás alguien diga: «Aunque confío de corazón en su preciosa sangre, no puedo estar tan tranquilo al pensar que, de un momento a otro, Jesucristo puede venir». Esto se debe a que esta persona olvida que se trata del mismo Jesús, quien en otro tiempo, cansado del camino, le pidió de beber a la mujer samaritana; que se encontró con la viuda de Naín y le restituyó a su único hijo; que le permitió a la pecadora, en casa de Simón el fariseo, tocar Sus pies, regarlos con lágrimas, besarlos, y expresar así su amor por el Salvador.

Sí, es el mismo Jesús que dirigió esas maravillosas palabras de gracia y de perdón al ladrón en la cruz: “Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso”. ¡Él es quien ha de venir!

*¿Quién es este que a encontrarme
viene con gran amor,
cual estrella de la mañana,
de la luz albor?
Es Aquel que en cruz cruenta
padeció una vez;
aun en gloria le conozco,
pues él mismo es.*

¿Hacen falta pruebas? Leamos, pues, en Hechos 1:11, lo que los dos ángeles dijeron a los discípulos en el monte de los Olivos. El Señor acababa de dejarlos, al subir al cielo, y demostrarles de un modo real que él no era un espíritu, algún aparecido, sino un Hombre viviente, de carne y hueso, al que podían tocar y palpar si acaso dudaban de sus palabras. Y los ángeles añadieron: “Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”.

¡Veinte siglos en el cielo no lo han cambiado en absoluto! La misma Persona a quien Marta fue a encontrar, tras la muerte de su hermano, es la que nosotros esperamos; y si hemos de “dormir” antes de que él vuelva, aquel que es “la resurrección y la vida”, quien dijo: “Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy a despertarle”, nos despertará también en su venida, para que –al

igual que Lázaro— nos sentemos a Su mesa, en las mansiones celestiales.

¿Por qué, pues, deberemos temer al saber que tal Amigo viene en breve a llevarnos? “Ciertamente vengo en breve” es la feliz promesa que nos hizo. Ante semejante amor, nuestro afecto por él nos animará a exclamar: “Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:20).

CAPÍTULO 3

Cristo volverá – y para qué lo hará

Es importante entender que, por cuanto su propia nación rechazó y crucificó al Mesías, Dios reveló al apóstol Pablo lo que la Escritura llama el “misterio”, “oculto desde tiempos eternos” (Romanos 16:25) y “escondido desde los siglos en Dios” (Efesios 3:9). Este plan que existía en el corazón de Dios –además de lo revelado en el Antiguo Testamento– consistía en preparar una Esposa para su amado Hijo; Esposa que se formaría por la unión “en un solo cuerpo” (la Iglesia) de judíos y gentiles salvados, unidos por el Espíritu Santo a Cristo, su Cabeza glorificada en el cielo: “Y él (Cristo) es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga (él) la preeminencia”.

El Padre “sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de

Aquel que todo lo llena en todo”. Porque nosotros somos “miembros del mismo cuerpo y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio”. “Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos... Grande es este misterio: mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia”. (Véase Colosenses 1:18; Efesios 1:22-23; 3:6; 5:30, 32). Principió el cumplimiento del designio divino en el día de Pentecostés, cuando los discípulos reunidos en el aposento alto fueron bautizados en “un solo cuerpo” por el Espíritu Santo.

Para que comprendamos mejor este asunto conviene notar que, cuando se rechazó al Señor, quedaron sin cumplirse numerosas promesas del Antiguo Testamento referentes a las bendiciones del pueblo de Israel y de la tierra en general. Citemos, por ejemplo, las profecías de Isaías acerca del reinado del verdadero Hijo de Isaí: “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová,

como las aguas cubren el mar” (cap. 11:6-9).

El capítulo 35:1-2 del mismo libro nos dice: “Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa... La gloria del Líbano le será dada, la hermosura del Carmelo y de Sarón. Ellos verán la gloria de Jehová, la hermosura del Dios nuestro”.

Y Amós retrata estas bendiciones como sigue: “He aquí vienen días, dice Jehová, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente...” (cap. 9:13-15). Mientras que Miqueas añade: “Y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra” (cap. 4:3). “Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Habacuc 2:14).

Si observamos atentamente estos pasajes y los comparamos con otros semejantes, veremos que el cumplimiento de esas profecías no es el resultado de la conversión del mundo por la predicación del Evangelio, sino la consecuencia de los juicios que precederán a dicha era milenaria. Y no olvidemos que “hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasarán de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:18).

Cristo volverá por su Iglesia; después reinará sobre Israel y el mundo entero

Al volver, pues, al cielo, el Señor dejó sin realizar, sin cumplir dos series de bendiciones prometidas:

1. las que se relacionan con la Iglesia;
2. las que se vinculan con el pueblo de Israel, enteramente distintas las unas de las otras.

Para dar cumplimiento a la primera serie vendrá el Señor no con los atributos de un Juez, sino como Isaac cuando salió al encuentro de Rebeca, cual esposo lleno de amor (Génesis 24). Por el contrario, para dar cumplimiento a la segunda serie de bendiciones, vendrá como David, cual poderoso conquistador, para tomar posesión de su reino. En otras palabras, Jesús es el Esposo de la Iglesia y el Rey de Israel.

La Palabra de Dios menciona dos fases distintas de la segunda venida de Jesucristo; dos estaciones –por así decirlo– del mismo viaje. Primeramente descenderá del cielo para arrebatarse a sus santos (o sea, a cuantos han depositado su fe en él para ser salvos) y llevarlos arriba, a las mansiones celestiales. Luego, pasado un breve período, volverá con ellos con poder y gloria para establecer su reino.

Explicación de las profecías sobre el retorno de Cristo

Tomemos un ejemplo para ilustrar esta parte del tema. Paseando por el campo cierta mañana, vemos un charquito de agua, lo evitamos y, sin pensar más en él, seguimos caminando. Unos días después, al pasar por el mismo lugar, el charco ha desaparecido, el agua ya no está: hasta las últimas gotas se evaporaron. ¿Qué sucedió? Sencillamente que el sol, brillando con toda su fuerza, las atrajo a lo alto. Nadie las vio subir, sin embargo, ¡subieron! Más tarde notamos las mismas gotas, pero enteramente transformadas ahora en hermosísimas gotas de rocío que constituyen la admiración de todos.

Así será en breve. Jesús descenderá del cielo y en un instante surgirán del polvo los cuerpos resucitados de los que “durmieron” en él, mientras que los que vivamos seremos transformados para subir juntos a su encuentro. Nada hay en la Escritura que nos haga suponer que los inconversos nos verán cuando seamos arrebatados. La repentina desaparición de todos los creyentes, redimidos por la sangre de Cristo, manifestará lo que ha pasado. “Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios” (Hebreos

11:5). Es precisamente lo que sucederá con la Iglesia: casi secretamente arrebatada, volverá a aparecer en gloria con Cristo cuando él se manifieste “y todo ojo le verá” (Apocalipsis 1:7).

El mismo Señor presenta claramente estas dos fases de su venida en el capítulo 25 de Mateo. En la parábola de las diez vírgenes describe un aspecto de las mismas; y en la de las ovejas y los cabritos, el otro. En el primer ejemplo, las vírgenes prudentes, con sus lámparas bien provistas de aceite, entran con el Esposo al lugar de las bodas; mientras que, en el segundo, se ve salir al Rey para juzgar. Fijémonos en este contraste. En la primera parábola, los salvos (bajo la figura de las vírgenes prudentes) entran a las bodas, van al cielo, mientras que malvados, incrédulos y los que llevan el nombre de cristianos sin ser salvos (las vírgenes fatuas), quedan en la tierra, quedan atrás para sufrir luego el juicio.

En la segunda parábola, los malos van al suplicio eterno, mientras que los justos quedan en la tierra para gozar de las bendiciones del reino milenar. En el primer caso, los santos entran y se cierra la puerta; en el segundo, el cielo está abierto y los santos salen.

Los capítulos 5, 6 y 19 del Apocalipsis relatan lo que se verificará en los cielos una vez que la Iglesia entre allí. Los santos, representados por

los veinticuatro ancianos, están sentados alrededor del trono; vestidos de ropas blancas y ceñidas sus frentes de coronas de oro, adoran – postrados delante del que está sentado en el trono– diciendo: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación...”. En el capítulo 19:7 leemos:

“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado”.

¡Qué contraste más grande con lo descrito en Mateo 25:11! En este pasaje del primer evangelio, la Palabra nos hace oír el lamento de los que quedaron fuera; mientras que, en Apocalipsis 19, percibimos los acentos de gozo triunfal de los que están dentro. Lector, ¿con cuál de estos dos grupos estás? ¡Piénsalo bien, es una pregunta solemne de cuya respuesta depende tu condición eterna! ¿Perdido o salvo? ¿Fuera o dentro? ¿Cuál es tu estado? ¿Dónde estás tú?

“Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea”, prosigue el capítulo 19 del Apocalipsis (v. 11-16), donde vemos salir con sus ejércitos al Señor de los señores, el Rey de los reyes. “De su boca sale una espada aguda, para herir con

ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso”.

Habrà dos resurrecciones: una para los salvados y otra para los perdidos

Sabemos que hay dos resurrecciones: la de los salvos y la de los malvados; o, según el Señor las llama: “la resurrección de vida, y la resurrección de –o para– condenación”. La primera, la de los salvos, se divide en tres fases:

1. Cristo, “primicias de los que durmieron es hecho” (1 Corintios 15:20).
2. Los creyentes que resucitarán –según vimos– cuando el Señor venga a buscar a su Iglesia (1 Tesalonicenses 4:16; 1 Corintios 15:52).
3. Los que están mencionados en Apocalipsis 20:4-6: “Y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia... y vivieron y reinaron con Cristo mil años”.

Esta es la resurrección primera. “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección”.

La segunda resurrección, la de los malvados, será después de los mil años del reinado de

Cristo, según lo vemos claramente por este texto: “Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” (Apocalipsis 20:5). Al final de esa era de paz y de justicia, cuando ya no estén la tierra y el cielo actuales, entonces los muertos “grandes y pequeños” serán juzgados delante del gran trono blanco, cada uno según sus obras: será la resurrección de condenación (Juan 5:29). “Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida, fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:14-15).

Y el que recibió esta revelación añade: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva”, de los que Pedro dice: “en los cuales mora la justicia” (2 Pedro 3:13). “Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido”. Así, hasta el versículo 8 del capítulo 21 del Apocalipsis que hemos empezado a citar, tenemos una descripción del estado eterno.

¡Bendito sea Dios por habernos revelado esas maravillosas realidades, y por el don del Espíritu Santo que nos las hace entender! “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!” (Romanos 11:33).

CAPÍTULO 4

Cristo volverá – y cómo estar preparado para encontrarle

En la Biblia hallamos dos maneras de estar listos para aquel momento:

1. “Las que estaban preparadas, entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta” (Mateo 25:10).
2. “Porque yo” –dice el apóstol Pablo– “ya estoy para ser sacrificado... he peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Timoteo 4:6-8).

En el primer sentido, todos los que son de Cristo (1 Corintios 15:23) están listos; por haber

depositado su fe en él y haber sido lavados de sus pecados por su preciosa sangre, son aceptos delante de Dios y el Espíritu de Cristo mora en ellos (Romanos 8:9), sin que tengan mérito alguno. Pueden dar gracias al Padre que los hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz (Colosenses 1:12-14).

En el segundo sentido vemos que el apóstol estaba listo, no solo porque era salvo –cosa que sabía desde muchos años antes– sino porque su servicio y su testimonio habían sido tales que tenía la certidumbre de que recibiría la aprobación de su Maestro.

Aclaremos esto con un ejemplo. Supongamos, amado lector, que mandas a tu hijo a una ciudad lejana, donde debe llevar a cabo un asunto importante. Al partir, le entregas un pasaje de ida y vuelta para el viaje; le das las instrucciones necesarias acerca del sitio adonde debe ir, lo que debe hacer y finalmente le exhortas a que se aplique con diligencia a satisfacer tus deseos. Cuando llega a aquella ciudad, tu hijo parece muy enérgico y lleno de buena voluntad. Pero, al cabo de algún tiempo, se une con unos compañeros, olvida tus recomendaciones y pierde el tiempo en callejear. De repente, sobresaltado, se da cuenta de que no tiene ni un momento que perder si quiere alcanzar el último tren para volver a casa. Corre a la estación, llega

precisamente cuando el convoy arranca y, tras una breve carrera, el joven sube y viaja, sano y salvo, hacia su hogar... Pero cabe preguntarnos: ¿Estaba listo para volver? En cuanto a lo que podía exigir la compañía ferroviaria, sí, porque tenía un pasaje y ningún empleado podía discutir la validez del mismo ni su derecho a viajar. Pero ¿de qué modo había obtenido el boleto? ¿Por algún esfuerzo suyo? ¿Por lo que había negociado o ganado en aquella ciudad? No; únicamente porque tú se lo habías comprado y se lo habías dado. ¿Y en cuanto a tu encargo, a tus negocios? ¡Perdió cualquier derecho a tu aprobación! No podrás decir a tu hijo: «Está bien, me has servido fielmente». Sin embargo, en cuanto regrese tendrá –como hijo– su sitio con los demás miembros de la familia en el hogar.

Confiar en Cristo es estar preparado

Ahora bien, cada creyente tiene, por fe en la obra cumplida por el Salvador –muerto por nuestros delitos y pecados, resucitado para nuestra justificación y glorificado en el cielo– lo que corresponde al «pasaje» de nuestro ejemplo; es decir, la indiscutible prueba de que su viaje al cielo está enteramente pagado, pues es cierto que la Escritura nos asegura que “en él (Cristo) es justificado todo aquel que cree”

(Hechos 13:39). “Y a los que justificó, a estos también glorificó” (Romanos 8:30).

Sin embargo, todos los creyentes no recibirán igual premio: “Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor” (1 Corintios 3:8). Estas dos cosas tendrá el Señor en cuenta: la cantidad de trabajo que hayamos realizado, como también su calidad, según estas medidas: “Aconteció que vuelto él... mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno” (Lucas 19:15). Lo que se averigua aquí es la cantidad de trabajo realizado. Asimismo la calidad de nuestra obra será manifestada: “La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cual sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo” (1 Corintios 3:13-15).

Quiera Dios que –además del privilegio de entrar con el Señor Jesucristo a las bodas, ocupando el lugar que nos tiene reservado– tanto tu labor como la mía sea la de ser vigilantes, trabajando para él, enterándonos de sus deseos, tomando a pechos sus intereses, constreñidos por el poder de su inmutable amor, **hasta que él venga.**

Acordémonos de que, si queremos llevar nuestra cruz, y seguirle con un corazón verdaderamente consagrado, debemos hacerlo ahora.

Depender de cualquier otra cosa es estar perdido

Si estas páginas llegan hasta ti, que aún no tienes un corazón regenerado (aunque tal vez te hayas bautizado y lleves incluso el nombre de «cristiano»), quisiera llamarte la atención sobre el hecho de que la venida del Señor será repentina y serás dejado atrás si él te halla “sin aceite en tu vaso”. Detente y considera –aunque sea por un instante– lo que te reserva el futuro cada vez más cercano. ¡Medita cuán velozmente te arrastran las alas del tiempo hacia la eternidad! Y ¡qué eternidad! Ser dejado en esta tierra –futuro escenario de los juicios divinos– mientras que los salvados (tal vez tus amigos y parientes) hayan sido arrebatados al cielo. Y eso por haber cerrado tus oídos a la última advertencia que te había sido dirigida por el Espíritu Santo, por haber escuchado con corazón incrédulo la última oferta de la gracia de Dios. ¡Qué triste y solemne será esto! Pero no menos solemne será el hecho de que tu cuerpo quedará en la tumba fría y lóbrega y tu espíritu en el Hades durante el milenio de felicidad, cuando la tierra esté llena de la gloria de Dios y el Príncipe de

Paz extienda su “señorío de mar a mar, y desde el río hasta los fines de la tierra” (véase Salmo 72:19; Zacarías 9:10).

Luego tendrás que encararte con la **eternidad**; ¡no lo olvides! La poderosa voz del Hijo de Dios te resucitará de los muertos (Juan 5:25-29) para ser juzgado delante del gran trono blanco. Allí deberás responder por cada acto que hayas cometido a lo largo de tu vida, por cualquier palabra torpe que hayas pronunciado y hasta por cualquier pensamiento malo o impuro en los que te hayas recreado durante cuarenta, setenta u ochenta años: “La paga del pecado es muerte” y, como es cierto que Dios no puede mentir, tu suerte estará en el lago ardiendo con azufre y fuego.

Entonces, no trates este asunto a la ligera. Ahora, la puerta de la gracia está abierta. Jesús todavía te convida. Los suyos no han sido arrebatados aún, pero te advierto del peligro y te ruego que acudas al Refugio mientras haya tiempo.

Jesucristo puede venir aun antes de que termines la lectura de estas páginas. Presta atención, deja de huir de Dios y vuélvete hacia él, arrodíllate delante del único Salvador, el único Mediador entre Dios y los hombres, y cree en él para el perdón de todos tus pecados. Luego, él te dará la bienvenida, te bendecirá y te salvará,

y su paz inundará tu corazón. ¡Bendito sea para siempre tan poderoso Salvador!

“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Timoteo 1:15). Gracias a Dios, “aún hay lugar” (Lucas 14:22).

La venida del Señor (G. Cutting)

ISBN 978-2-88208-053-0

Obtenga el folleto en nuestra editorial.

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)